

por vivir en la obediencia y sin inquietudes para el día siguiente de la muerte. Sabía que Boccanera había tenido una juventud un poco borrascosa, con crisis de sensualidad en las que flameó la roja sangre de sus antepasados, y le maravilló la tranquila majestad que la fe había comunicado el ánimo de un hombre de raza tan violenta y en el que el orgullo era la única pasión que quedaba.

—Sin embargo,—se atrevió Pedro á insinuar al fin, pero con mucha dulzura,—si la fe permanece inalterable, esencial, inmutable, las formas cambian... De hora en hora todo evoluciona... el mundo cambia...

—¡Pero eso no es verdad!—exclamó el cardenal.—¡El mundo está para siempre inmóvil... Tropieza, se extravía, se interna en las más detestables vías y es preciso que continuamente se le lleve hacia el buen camino... Eso es lo verdadero. ¿Es que el mundo, para que las promesas de Cristo se cumplan no debe volver al punto de partida, á la inocencia primera? ¿Es que al fin de los tiempos no se fijó en el día triunfal en que los hombres estarán en posesión de toda la verdad aportada por el Evangelio? ¡No! ¡No! La Verdad está en el pasado, y al pasado hay que atenerse sino se quiere perder. Esas hermosas novedades, esos espejismos del famoso progreso no son más que lazos de la perdición eterna. ¿A qué buscar más, corriendo sin cesar los riesgos del error, puesto que hace dieciocho siglos que la verdad es conocida?... La verdad, sí, está en el catolicismo apostólico y romano tal cual lo creó la larga sucesión de las generaciones! ¡Qué locura quererlo cambiar, cuando tantos espíritus elevados, tantas almas piadosas, han hecho de él el monumento más admirable, el instrumento único de orden, en este mundo y de salvación en el otro!

No protestó Pedro, pero se le oprimió el corazón, porque no podía dudar que tenía delante un adversario implacable de sus ideas más queridas. Inclínose respetuoso, helado, sintiendo pasar sobre su frente leve sople, el viento lejano que llevaba en sí el frío mortal de las tumbas; mientras que el cardenal en pie é irguiéndose en toda su elevada estatura, continuaba expresándose con voz inflexible, resonante de altivo valor.

—Y si como sus enemigos lo pretenden, el catolicismo está herido de muerte, debe morir en pie, en toda su

gloriosa integridad. ¡Oidlo bien, señor abate, ni una sola concesión, ni un abandono, ni una cobardía! Es tal cual es y no podría ser de otra manera. La certidumbre divina, la verdad total, no tienen modificación posible y la menor piedra que se arranque al edificio no puede ser más que causa de derrumbamiento: ¿no es esto, por otra parte, evidente? No se salvan las casas antiguas en las que se mete el pico con el pretexto de repararlas, pues no se haría más que aumentar en ellas los estragos. Si fuese verdad que Roma está amenazada de convertirse en polvo, todos los revocos, todos los remiendos no servirían más que para apresurar la ruina, la catástrofe inevitable. Y en vez de una muerte grande, inmóvil, sería la más miserable de las agonías, el fin de un cobarde que se agita y pide gracia... En cuanto á mí, espero. Estoy convencido de que todo esto son horrendos embustes y de que el catolicismo nunca ha estado más firme, puesto que debe su eternidad á la única fuente de vida. Pero aquel día en que el cielo se derrumbase, encontraríame yo aquí, en medio de esos muros que se desmoronan, bajo esos artesonados que lentamente destruye la carcoma, en pie entre los escombros, y así acabaría recitando por última vez el *Credo*.

Su voz se fué amortiguando impregnada por una tristeza altanera, mientras que con un gran ademán señalaba á su alrededor el palacio desierto y mudo y del que la vida íbase retirando un poco cada día. ¿Era que un involuntario presentimiento, el vientecillo frío de las ruinas le impresionaba también á él? Todo el abandono de aquellas vetustas salas quedaba explicado, los tapices que se caían á pedazos, los blasones blanqueados por el polvo, y el rojo capelo carcomido por la polilla. Todo ello era de una grandeza desesperada y soberbia, aquel príncipe, cardenal, católico intransigente, retirado también entre la sombra creciente del pasado, desafiando con animoso corazón de soldado el inevitable derrumbamiento del mundo antiguo.

Estremecido Pedro, quiso despedirse, cuando se abrió una puertecilla por entre los tapices, Boccanera hizo un movimiento de brusca impaciencia y exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que pasa? ¿No me pueden dejar tranquilo ni un solo instante?

Pero el abate Paparelli, el caudatario, obeso y melifluo, entró sin emocionarse lo más mínimo por la acogida; se acercó, murmuró en voz baja una frase al oído de su eminencia que se había calmado al verle.

—¿Qué vicario? ¡Ah! Sí, Santobono, el vicario de Frascati... Ya lo sé, decidle que no puedo recibirle ahora...

Con su vocecilla chillona empezó Paparelli á hablar en voz baja. Ofanse algunas palabras; se trataba de un negocio urgente; el vicario tenía necesidad de volverse á marchar y tenía que hablar muy poco. Y sin esperar á que le diesen permiso para hacerlo, introdujo la visita, á su protegido, al que había dejado tras la puertecilla. Después se alejó, desapareciendo con la tranquilidad de un subalterno que, á pesar de su posición ínfima, sabe que es muy influyente.

Pedro, del que nadie se acordó, vió entrar á un mocetón vestido de cura, hombre hecho á hachazos, mal configurado, hijo de un labriego y aun apegado á la tierra. Tenía grandes pies, manos nudosas, rostro atezado y lleno de costurones iluminado por unos ojos negros muy vivos. Robusto aun, con sus cuarenta y cinco años, pareclase bastante á un bandido disfrazado, por la barba mal afeitada y por la sotana demasiado larga sobre sus gruesos salientes huesos; pero el rostro conservaba cierta altivez sin nada de bajeza. En la mano llevaba una cestita cubierta con mucho cuidado con hojas de higuera.

Santobono dobló en seguida la rodilla y besó el anillo, pero con un gesto rápido, de sencilla y usual política. Luego con esa respetuosa familiaridad del pueblo bajo hacia los grandes, dijo:

—Pido perdón á vuestra eminencia reverendísima por haber insistido. Había gente esperando y yo no habría sido recibido si á mi antiguo compañero Paparelli no se le ocurriera la idea de hacerme pasar por esa puertecilla... ¡Oh! tengo que solicitar de su eminencia un gran favor, un verdadero servicio de corazón... pero antes le ruego que me permita ofrecerle este pequeño presente.

Escuchóle Boccanera con gravedad. Hábiale conocido en otro tiempo, cuando iba á pasar los veranos á Frascati, en la regia villa que su familia poseía; una casa habitación construída en el siglo dieciseis, con un maravilloso

parque y cuya célebre terraza dominaba la campiña romana, inmensa y desnuda como el mar. Aquella villa habíanla vendido á la sazón y en las viñas, que habían correspondido á Benedetta, había empezado á construir el conde Prada, antes de que se incoase el pleito del divorcio, todo un barrio de hotelitos de recreo. En otros tiempos, cuando salían á pasear á pie, no desdeñaba el cardenal entrar á descansar un momento en casa de Santobono, que regentaba en las afueras de la población una antigua capilla consagrada á Santa María de los Campos. El presbítero ocupaba allí, al lado de la capilla y arrimada á ésta, una casita medio arruinada, cuyo principal encanto era un gran huerto, cercado de tapias y que cultivaba él mismo, con pasión de verdadero labriego...

—Lo mismo que todos los años,—dijo, dejando la cestita sobre la mesa,—he querido que su eminencia probase mis higos. Son los primeros de la estación y los cogí esta mañana para traérselos á su eminencia. ¡Le gustaban tanto cuando se dignaba venirlos á comer bajo el árbol! Y alguna vez llegó su eminencia á decirme que no había higuera en el mundo que los produjese iguales.

El cardenal no pudo por menos de sonreirse. Era cierto que le gustaban mucho los higos y la higuera de Santobono tenía fama en todo el país.

—Gracias, querido vicario, ya veo que os acordáis de mis afioncillas. Veamos, ahora, ¿qué es lo que puedo hacer por vos?

Y en seguida se puso grave porque había habido entre él y el vicario añejas discusiones, maneras distintas de apreciar ciertas cosas que le molestaban. Santobono, nacido en Neni, en pleno país medio feroz, de una familia de carácter violento, cuyo primogénito había muerto de una puñalada, profesó siempre, y en todo tiempo, patrióticas ideas. Se contaba que había estado á punto de empuñar las armas con Garibaldi, y el día en que los italianos entraron en Roma, costó mucho trabajo el evitar que izase el pabellón de la unidad italiana en el techo de su casa. Aquel era su apasionado ensueño, Roma señora del mundo, cuando el papa y el rey, después de haberse abrazado, hiciesen causa común. Para el cardenal aquel cura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTREY, MEXICO

era un revolucionario peligroso, un presbítero renegado que ponía en peligro el catolicismo.

—¡Oh! ¡Lo que vuestra eminencia puede hacer por mí! ¡Lo que puede hacer si se digna escucharme!—repitió Santobono con voz ardiente cruzando sus gruesas nudosas manos.

En seguida se dominó:

—¿Es que su eminencia el cardenal Sanguinetti no dijo ni una palabra del asunto á su eminencia reverendísima?

—No, el cardenal no hizo más que anunciarme vuestra visita, diciéndome, que tenéis que pedirme alguna cosa.

Y Boccanera, con el rostro sombrío, esperó con una gran severidad. No ignoraba que el clérigo se había hecho cliente de Sanguinetti, desde la época en que habiendo sido este último nombrado obispo suburbicario pasaba en Frascati semanas enteras. Todo cardenal, candidato al papado, tiene de esa manera y en la sombra ínfimos familiares que arriesgan la ambición de su vida sobre la elección posible; si el candidato llega algún día á ser papa, si ellos le ayudan á conseguirlo, estarán tras él en la gran familia pontifical. Se contaba que Sanguinetti había ya librado á Santobono de las consecuencias de una enojosa historia; la de un chiquillo merodeador al que el vicario sorprendió escalando las tapias del huerto y que murió á consecuencia de la corrección demasiado ruda que le impuso. Pero en honor y alabanza del vicario hay que añadir que, en su fanática adhesión al cardenal, entraba por mucho la esperanza de que sería el papa esperado, el papa destinado á hacer de Italia la gran nación soberana.

—Pues bien, he aquí cuál es mi desgracia... Vuestra eminencia conoce á mi hermano Agostino que durante dos años estuvo al servicio de su casa como jardinero... Indudablemente es un muchacho muy galán, muy cariñoso del que nunca nadie tuvo que quejarse... y no sé de qué manera ocurrió un accidente y mató de una puñalada á un hombre en Genzano, una noche que se estaba paseando por la calle... Siento mucho lo que pasa y me contraría mucho; daría dos dedos de la mano por poderle sacar de la cárcel. Y se me ocurrió la idea de que su eminencia no me negaría una certificación en la que dijese

que tuvo á Agostino á su servicio y que siempre estuvo contento de su buen carácter.

El cardenal protestó en seguida.

—No estaba satisfecho del comportamiento de Agostino que tenía un carácter locamente arrebatado y tuve que despedirlo precisamente porque siempre estaba disputando con los demás criados.

—¡Oh! ¡Qué pena más grande me da vuestra eminencia contándome esas cosas! Es cierto que el carácter de Agostino se haya echado á perder. Pero hay un medio de arreglarlo todo ¿no es verdad? ¡A pesar de todo puede dárseme una certificación arreglando las frases de cierto modo! ¡Una certificación de vuestra eminencia haría tanto efecto ante la justicia!

—Sí, sin duda, ya lo comprendo,—respondió Boccanera,—pero yo no daré el certificado.

—¡Cómo! ¿Vuestra eminencia reverendísima se niega?

—En absoluto. Sé que sois un clérigo de una perfecta moralidad, que desempeñáis vuestro santo ministerio con celo y que seríais un hombre recomendable á no ser por vuestras ideas políticas. Lo único que hay es que el cariño fraternal os ciega y extravía y que yo no puedo mentir para complaceros.

Le miró estupefacto Santobono, no comprendiendo que un príncipe un cardenal todopoderoso se parase ante escrúpulos tan ínfimos, cuando se trataba de una puñalada, el asunto más insignificante, el hecho más frecuente en aquellos países aun salvajes de los Castillos romanos.

—¡Mentir! ¡Mentir!—murmuró.—No es mentir decir únicamente lo bueno, cuando como en Agostino lo hay también, y en una certificación todo depende de las palabras que se emplean.

Y se mostró testarudo en ese arreglo y no le cabía en la cabeza que le pudiese negar el tratar de convencer á la justicia mediante una ingeniosa manera de presentar las cosas. Cuando adquirió después la seguridad de que no obtendría nada, hizo un gesto de desesperación, su faz terrosa adquirió una expresión de violento rencor, mientras que en sus negros ojos centelleaba la cólera contenida.

—¡Bien! ¡Bien! Cada uno considera la verdad á su ma-

nera, y vuélvome á decir esto á su eminencia reverendísima que no me tenga mala voluntad si le molesto inútilmente... Tal vez los higos no estén bastante maduros; pero á pesar de eso me permitiré traer otra cestita hacia el fin de la estación, cuando estén completamente en sazón y muy azucarados. Mil gracias y mil felicidades para vuestra eminencia reverendísima...

Se alejó andando de espaldas haciendo reverencias que plegaban en dos su grande huesosa talla. Y Pedro, al que interesó mucho esa escena, vió en Santobono al clero bajo de Roma y de sus alrededores, del que se hablaran antes de su viaje. No era el *scagnozzo* (1) el clérigo miserable, hambriento, que fué desde provincias á consecuencia de alguna aventura enojosa, y cae sobre el empedrado de Roma en busca del pan cotidiano, turba de mendigos con sotana que buscan fortuna en las migajas de la Iglesia, disputándose con voracidad las misas que depara la casualidad y se codean con el pueblo bajo en el fondo de las tabernas de peor renombre. No era tampoco el cura párroco de los pueblos lejanos de la campiña, sacerdotes de una ignorancia completa, de grosera superstición, labriego con los labriegos, tratado de igual á igual por sus ovejas que, muy devotas, no le confundían jamás con el buen Dios y se arrodillaban ante su santo predilecto, pero no ante el hombre que vivía á costa del altar. En Frascati, el cura de una modesta iglesia, podía tener unos novecientos francos, y no gastaba más que en pan y en carne, pues cogía vino, frutas y legumbres en su huerto. Aquel vicario no era un hombre sin instrucción, pues sabía un poco de teología, algo de historia, sobre todo de esa historia de la grandeza pasada de Roma que inflamó su patriotismo con el loco ensueño de la próxima dominación universal reservada á la Roma, renacida capital de la Italia. ¡Pero qué infranqueable distancia mediaba aún entre ese clero bajo, con frecuencia muy digno é

(1) De *Scagno*, castellano Esgaño: banquillo con respaldo de bastante anchura.—*Alguno está en el escaño que así no aproveche y á otro no ha dañado.—Sibi non potest, et alteri nocet.*—(N. del T.)

inteligente, y el clero alto, los altos dignatarios del Vaticano! Todo lo que no era prelado no existía.

—¡Doy mil gracias á su eminencia reverendísima y que todo le salga á medida de sus deseos!

Cuando al cabo se marchó Santobono, el cardenal se volvió á Pedro que se inclinaba para saludar y retirarse á su vez.

—En resumen,—le dijo,—me parece, señor abate, que el asunto de vuestro libro no es de los buenos. Os repito que aun no sé nada con precisión, porque no he tenido ocasión de ver el legajo; pero como sabía que mi sobrina se interesaba por vos, dije algo al cardenal Sanguinetti, prefecto del Indice, que precisamente estuvo aquí hace poco. Y está tan poco enterado como yo del asunto que no ha salido aún de entre las manos del secretario. Lo único que hay es que me dijo que la denuncia procedía de personas de elevada posición, de muchísima influencia y que se refería á numerosas páginas de la obra en donde han señalado los pasajes más significados, tanto bajo el punto de vista de la disciplina, como en lo que se refiere al dogma.

Muy emocionado al pensar que tenía enemigos secretos que le perseguían en la sombra, exclamó el joven presbítero:

—¡Oh! ¡Denunciado, denunciado! ¡Oh! ¡Si vuestra eminencia supiese cuánto me oprime eso el corazón! ¡Y denunciado por faltas con seguridad involuntarias, puesto que no quise ardientemente más que el triunfo de la Iglesia... Será á los pies del Santo Padre á donde iré á postrarme y defenderme.

Bruscamente irguióse Boccanera. Un pliegue de expresión dura contrajo su frente despejada.

—Su Santidad puede recibirnos si lo tiene á bien, y hasta absolvernos... pero escuchadme, os aconsejo que retiréis ese libro por vuestro propio impulso, destruyéndolo sencilla y valerosamente antes de lanzaros á una lucha en la que pasaréis por la vergüenza de ser vencido... En fin, pensadlo.

Arrepintióse Pedro en el acto de haber hablado de su visita al papa, porque comprendió que el cardenal se había considerado herido por aquella apelación á la autori-

dad soberana. Además no podía abrigar la menor duda; el cardenal iba á estar en contra suya y no confiaba tampoco en que las personas que le rodeaban pudiesen conseguir que permaneciese neutral. Habíale encontrado muy leal y franco, muy por encima de las obscuras intrigas que empezaba á comprender que se agitaban alrededor de su libro, y fué con mucho respeto como le saludó.

—Agradezco infinito á vuestra eminencia y le prometo pensar en cuanto tuvo la extremada bondad de decirme.

En la antecámara vió Pedro á cinco ó seis personas que se habían presentado mientras hablaba con el cardenal. Había allí un obispo, un prelado y dos señoras ancianas. En el momento en que se acercaba á don Vigilio, antes de marcharse, experimentó viva sorpresa al encontrarle conversando con un joven alto y rubio, con un francés que exclamó, muy sorprendido también:

—¡Cómo! ¿Estáis aquí, señor abate? ¿Vineis á fin á Roma?

Pedro vaciló un segundo.

—¡Ah! Os suplico que me perdonéis, señor Narciso Habert, porque no os había conocido. Y en verdad que no tengo perdón, porque sabía que desde el año pasado que estabais agregado á la embajada.

Era Narciso, delgado, esbelto, de aspecto elegante, con su tez clara, sus ojos azules, su barba rubia, finamente rizada; llevaba el pelo rizado y cortado sobre la frente á la florentina. Perteneía á una familia muy rica y de magistrados, de un catolicismo militante y de la que figuraba un tío de Narciso en la diplomacia, y esto decidió de su destino. Su lugar, aparte de esto, se hallaba muy marcado en Roma en donde contaba con parientes poderosos; era sobrino por alianza del cardenal Sarno, cuya hermana habíase casado en París con un notario, tío suyo: era primo hermano de monseñor Gamba del Zoppo, camarero secreto participante, hijo de una de sus tías, casada en Italia con un coronel. Y por esto lo habían agregado á la embajada cerca de la Santa Sede en donde toleraban sus modales fantásticos, su continua pasión por el arte que le hacía dar pasos sin fin á través de Roma. Aparte de todo esto era muy amable y de perfecta distinción, y además muy práctico en el fondo, conociendo á maravilla las

cuestiones de intereses. Muchas veces, como sucedía aquella mañana, ocurríale presentarse, con su aire un tanto fatigado y misterioso, para hablar con un cardenal de algún asunto serio en nombre de su embajador.

Llevóse en seguida á Pedro al hueco de una gran ventana para hablar con más libertad.

—¡Qué contento estoy al veros, señor abate!—le dijo.—¿Os acordáis de nuestras agradabilísimas conversaciones cuando nos conocimos en casa del cardenal Bergerot? Os indiqué, para vuestro libro, los cuadros que debíais ver, miniaturas de los siglos xiv y xv. Pues bien, desde hoy me apodero de vos y voy á enseñaros Roma como nadie sería capaz de hacerlo. Lo he visto y rebuscado todo y he encontrado tesoros, ¡verdaderos tesoros! Mas en el fondo no hay más que una obra, y no se piensa más que en su pasión. El Boticeili de la Capilla Sixtina, ¡oh! ¡Boticeili!

Su voz se apagó, hizo un gesto quebrantado de admiración y Pedro no tuvo más recurso que prometerle que se dejaría guiar por él, y que le acompañaría á la Capilla Sixtina.

—¿Sabéis por qué estoy aquí?—preguntó al fin éste último.—Pues persiguen mi libro y lo han denunciado á la congregación del Indice.

—¡Vuestro libro! ¡Imposible!—exclamó Narciso.—¡Un libro del que algunas páginas hacen recordar las del seráfico San Francisco de Asis!

Con mucha amabilidad púsose entonces á su disposición.

—Nuestro embajador puede seros muy útil. Es el hombre mejor de la tierra y de una afabilidad encantadora y lleno de ese antiguo valor francés... Esta tarde, ó mañana por la mañana á más tardar, os presentaré á él y puesto que deseáis que el Papa os conceda en seguida una audiencia, hará lo posible para que la obtengáis... Sin embargo, debo confesaros que esto no siempre es fácil. El Padre Santo le aprecia mucho, pero algunas veces fracasa, de tal modo se complican las aproximaciones...

A Pedro no se le había ocurrido, en efecto, la idea de acudir al embajador dominado por la ingenua creencia de que un clérigo acusado, que iba á defenderse debía encon-

trar todas las puertas abiertas. Le agradó sobremanera la oferta de Narciso y le dió las gracias con tanto entusiasmo como si ya hubiese conseguido la audiencia.

—Además,—siguió diciendo Narciso,—si tropezamos con alguna dificultad no olvidéis que tengo parientes en el Vaticano. No hablo de mi tío el cardenal, que no sería útil para nada, porque jamás se mueve de su despacho de la Propaganda y se niega á hacer toda clase de diligencias; pero tengo á mi primo, á monseñor Gamba del Zoppo, que es un hombre muy amable, que vive en el Vaticano con el Papa al que su servicio hácele ver con mucha frecuencia y á todas horas. Si es preciso os acompañaré para que le veáis y sin duda encontrará un medio para facilitaros una audiencia, por más que su gran prudencia le hace temer á veces el comprometerse. Vamos, es cosa convenida, confiáos á mí en todo y por todo.

—¡Ah, querido señor Habert!—exclamó Pedro más aliviado y tranquilo,—acepto con toda mi alma y no sabéis qué bálsamo me ofrecéis, porque desde que estoy aquí todo el mundo me desalienta y sois el primero que me devolvéis el ánimo tratando las cosas á la francesa.

Bajando la voz le contó lo sucedido en su entrevista con el cardenal Boccanera; la certidumbre que tenía de no ser ayudado ni por éste ni por nadie, las malas noticias facilitadas por el cardenal Sanguinetti, y por último, hablóle de la rivalidad que había presentado existía entre los dos cardenales. Escuchóle Narciso sonriendo y á su vez se entregó á las hablillas y á las confidencias. Esa rivalidad, esa disputa prematura de la tiara, con el furioso deseo que á ambos les animaba hacía mucho tiempo que revolucionaba al mundo negro. Había allí los elementos de una complicación increíble y nadie hubiera podido decir con exactitud á dónde conducía tan vasta intriga. En conjunto se sabía que Boccanera representaba la intransigencia, el catolicismo desprendido de todo compromiso con la sociedad moderna, esperando inmóvil el triunfo de Dios sobre Satán, al reino de Roma devuelto á la Santa Sede, á la Italia arrependida y haciendo penitencia de su sacrilegio, mientras que Sanguinetti, más ductil, más político, pasaba por concebir combinaciones tan atrevidas como nuevas, una especie de federación republicana de

todos los antiguos y pequeños estados italianos, colocada bajo el augustó protectorado del Papa. En suma, se trataba de la lucha entre las dos concepciones opuestas; una que quería la salvación de la Iglesia por el respeto absoluto de la antigua tradición; la otra que anuncia su muerte fatal si no consiente en evolucionar con el siglo futuro; pero todo esto se anegaba en una confusión tal, que la opinión acababa por ser la de que, si el papa actual vivía aún algunos años, no sería ni Boccanera ni Sanguinetti los que le sucediesen.

Interrumpió Pedro bruscamente á Narciso para preguntarle:

—¿Y á monseñor Nani, le conocéis? Hablé con él ayer noche... ¡Miradle! En este momento entra.

En efecto, Nani entró en la antecámara con su sonrisa y su faz sonrosada de prelado amable. Su fina sotana, su faja de seda violeta brillaban, pero con un lujo discreto y suave. Se mostró muy cortés con el abate Paparelli que le acompañaba y usó mucha humildad suplicándole tuviese á bien esperar á que su eminencia pudiese recibirle.

—¡Oh!—murmuró Narciso poniéndose serio,—monseñor Nani es de esas personas de las que es necesario ser amigo.

Sabía su historia y la contó en voz baja. Había nacido en Venecia de una noble familia arruinada, que contó algunos héroes entre sus antepasados. Nani, después de hacer sus primeros estudios con los jesuitas, fuese á Roma á cursar la filosofía y la teología en el Colegio Romano dirigido por aquellos. Ordenado como presbítero á los veintitres años, fuese inmediatamente con un nuncio á Baviera en concepto de secretario particular y de allí pasó, como auditor de la Nunciatura, á Bruselas y después á París en donde habitó durante cinco días. Todo parecía destinarle á la diplomacia, los brillantes comienzos de su carrera, su inteligencia despejada, una de las más grandes y quizás mejor cultivadas, cuando de pronto fué llamado á Roma en donde inmediatamente se le confirió el empleo de Asesor del Santo Oficio. Se dijo entonces que aquello obedecía al deseo del Papa que, conociéndole á fondo y queriendo tener en el Santo Oficio un hombre de su confian-

za, le había mandado á buscar, diciendo que prestaría mejores servicios en Roma que en una nunciatura. Era ya prelado doméstico y desde hacía poco canónigo de San Pedro y protonotario apostólico participante, en camino de ser preconizado cardenal el día en que el Papa hallase otro asesor favorito que le agradase más.

—¡Oh! ¡Monseñor Nani!—continuó diciendo Narciso.— Es un hombre superior que conoce admirablemente la Europa moderna y al mismo tiempo un santo sacerdote, un creyente sincero de inquebrantable adhesión á la Iglesia, de fe sólida, de política hábil y bien diferente en verdad de la estrecha y sombría fe teológica tal cual la conocemos en Francia. Por esto os ha de ser desde luego muy difícil el conocer aquí las cosas y personas. Dejan á Dios en su santuario y reinan en su nombre convencidos de que el catolicismo es la organización humana del gobierno de Dios, la única perfecta y eterna fuerza de la cual no hay más que peligros sociales y mentiras. Mientras que nosotros nos entretenemos en nuestras disputas religiosas discutiendo furiosamente acerca de la existencia de Dios, ellos no admiten que esa existencia pueda ponerse en duda, puesto que son ministros delegados por Dios y se consagran únicamente á su papel de ministros, á los que no se puede desposeer, ejerciendo el poder para el mejor bien posible de la humanidad, aplicando todo su saber, inteligencia y energía para continuar siendo los dueños aceptados de los pueblos. Fijáos en un hombre como monseñor Nani, que después de haber estado mezclado en la política del mundo entero, hace diez años que se halla en Roma ejerciendo las funciones más delicadas, mezclado en los más diversos y más importantes asuntos, pues continúa viendo á Europa entera que desfila por Roma, lo conoce todo y en todo tiene la mano. Y además de todo esto es admirablemente discreto y amable, de una modestia que parece perfecta, sin que se pueda decir si se dirige, con un paso tan ligero, á la más alta de las ambiciones, á la tiara soberana.

—¡Otro candidato más al papado!—pensó Pedro que había escuchado apasionadamente porque la figura de Nani le interesaba, le causaba una especie de instintiva turba-

ción, como si hubiese presentido tras aquel rostro sonriente y sonrosado todo un vago infinito. Además de esto comprendió mal las explicaciones de su amigo y cayó en el azoramiento de su llegada á aquel mundo nuevo en el que lo inesperado trastornaba sus previsiones.

Pero monseñor Nani, que había visto á los dos jóvenes se acercó á ellos sonriendo y tendiéndoles cordialmente la mano.

—¡Ah! ¡Cuánto celebro veros, señor abate Froment! Y no os pregunto si dormisteis bien, porque en Roma se duerme siempre bien... Buenos días, señor Habert, ¿váis bien de salud desde que os encontré extasiado ante la Santa Teresa, de Bernin, que tanto admirábais? Ya veo que os conocéis los dos... Esto es bueno... Os presento, señor abate, al señor Habert como á uno de los apasionados admiradores de nuestra ciudad, que os enseñará lo mejor de ella.

Con aire afectuoso, quiso enterarse de la entrevista de Pedro y del cardenal. Escuchó el relato con mucha atención, meneando la cabeza al oír ciertos detalles y á veces reprimiendo una fina sonrisa. No le extrañó en modo alguno la severa acogida del cardenal ni la seguridad que tenía el presbítero de no hallar ningún apoyo en aquél, como si hubiese esperado ese resultado. Pero al oír mencionar á Sanguinetti, al enterarse de que éste había estado allí por la mañana y declarado que el asunto del libro era de los graves, pareció que olvidaba un instante su reserva y se expresó con repentina viveza:

—¿Qué queréis, hijo mío? He llegado tarde. En cuanto tuve noticia de la persecución, corrí á casa de su eminencia el cardenal Sanguinetti para decirle que iban á hacer un reclamo inmenso á vuestra obra. Vamos á ver ¿es esto razonable? ¿A qué? Sabemos que sois un poco exaltado, que tenéis un alma entusiasta y pronta á la lucha. Medrados estaríamos si fuésemos á echarnos á cuestras la rebelión de un presbítero joven que podría declararnos la guerra con un libro del que se han vendido algunos miles de ejemplares. En cuanto á mí, quería desde luego que no se hiciese nada y debo confesar que el cardenal, que es un hombre de talento, pensaba lo mismo que yo. Levantó

los brazos al cielo, se arrebató, diciendo á gritos que no se le consultaba nunca nada, que la necedad ya estaba hecha y que por lo tanto, le era imposible suspender el proceso desde el momento en que estaba enterada del asunto la congregación á consecuencia de autorizadísimas denuncias fundadas en motivos de los más graves... En fin, como él decía, la necedad estaba hecha y he debido pensar en otra cosa...

Se calló; se apercibió de pronto que Pedro fijaba ardientes miradas en sus ojos tratando de comprender. Un imperceptible rubor sonrosó un poco más su rostro mientras que, más dueño de sí, siguió hablando sin dejar ver su contrariedad por haber dicho demasiado.

—Sí, pensé ayudaros con toda mi escasa influencia para libraros de los quebraderos de cabeza que, indudablemente, os ha de producir este asunto.

Un soplo de rebelión impulsó á Pedro dominado por la obscura sensación de que se mofaban de él. ¿Por qué no había de haber afirmado él su fe cuando ésta era tan pura, tan despreñada de todo interés personal y ardiente de caridad cristiana?

—Nunca,—declaró,—retiraré ni haré desaparecer por mí mismo ese libro, como me han aconsejado lo haga. Eso sería una cobardía y una mentira, porque no me pesa nada ni de nada reniego. Si creo que mi obra encierra un poco de verdad, no puedo destruirla sin ser un criminal para conmigo y para con los demás. ¡Nunca, ya lo oís, nunca!

A estas palabras siguió una pausa. Pedro añadió casi en seguida:

—¡A los pies del Santo Padre es donde quiero hacer esa declaración; me comprenderá y aprobará mi conducta!

Nani no sonreía con su rostro inmóvil y como en adelante cerrado. Parecía que estudiaba con mucha curiosidad la súbita violencia del abate al que quiso tranquilizar en seguida con su acostumbrada benevolencia.

—Sin duda, sin duda... La obediencia y la humildad tienen grandes dulzuras; pero, en fin, comprendo perfectamente que ante todo queráis hablar con Su Santidad... ¿en seguida, no es así? Ya veréis... ya veréis...

—¡Eh! La idea no parece mala,—declaró al fin Nani.— ¡Sí! ¡Sí! Gamba podrá obtener la audiencia, si quiere hacerlo... Le veré y le explicaré de lo que se trata.

Además de esto dió una porción de consejos de extrema prudencia y hasta se atrevió á decir que convenía desconfiar bastante de los que rodeaban al papa. ¡Ay! ¡sí! Su Santidad era muy bueno, creía con tanta ceguera en el bien, que nunca escogió á sus familiares con el meticoloso cuidado que para ello debía haber empleado. Nunca se sabía á quién se dirigía uno ni en qué lazo se podía meter el pie. Hasta dió á entender que no convenía de ninguna manera dirigirse á su eminencia el secretario de Estado, porque tampoco estaba libre, sino que se hallaba en el centro de un hervidero de intrigas cuya complicación paralizaba á pesar de su buena voluntad todos sus esfuerzos. Y, á medida que se iba expresando así, con mucha dulzura, con una unción perfecta, aparecía el Vaticano como un país guardado por dragones celosos y traidores, como un terreno en el que no se debía franquear una puerta, arriesgar un paso, avanzar un miembro, sin asegurarse antes de que no se dejaría allí el cuerpo entero.

Continuaba Pedro escuchándole, cada vez más frío y cayendo otra vez en la incertidumbre.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡No voy á saber conducir! ¡Ah! ¡Cómo me desalentáis, monseñor!

Nani recobró su cordial sonrisa.

—¡Yo! Lo sentiría en el alma, querido hijo mío... Únicamente quiero repetiros que esperéis... que no hagáis nada. Sobre todo nada de calentura. Os juro que no hay nada que apremie, porque hasta ayer no han elegido un consultor encargado de dar su dictamen sobre vuestro libro y tenéis por delante un mes... largo. Esquivad toda compañía, vivid sin que se sepa que existís, visitad en paz á Roma y, creedme, esa es la mejor manera de adelantar en vuestros asuntos.

Y cogiendo una mano del presbítero entre sus dos manos aristocráticas, gorditas y suaves, añadió:

—Podéis figuraros que tengo mis razones para hablaros de este modo. Habríame ofrecido yo mismo y tenido á honra el acompañaros en derechura á la presencia de Su



Santidad, más no quiero mezclarme aún en el asunto porque comprendo que en estos momentos sería trabajo perdido. Más adelante ¡ya lo oís! más adelante y en el caso de que nadie lo consiga, seré yo el que os proporcione una audiencia... Me comprometo formalmente á ello... Empero, mientras tanto, evitad todo lo posible el hablar de una religión nueva, palabras que, por desgracia, figuran en vuestro libro y que ayer noche os oí pronunciar. No puede haber religión nueva, querido hijo mío, pues no hay más que una religión eterna sin componendas ni abandono posible, y es la religión católica, apostólica, romana. Es más: dejad á vuestros amigos de París en donde se hallan y sobre todo no contéis con el cardenal Berge-rot, cuya gran piedad no ha sido suficientemente apreciada en Roma... Os aseguro que os hablo como amigo.

Luego, viéndole desamparado, medio quebrantado y no sabiendo por donde debía empezar la campaña, le alentó y confortó de nuevo.

—¡Vamos! ¡Vamos! Todo se arreglará, todo terminará de la mejor manera posible para bien de la Iglesia y para el vuestro propio... Y os pido que me perdonéis, pero os abandono; no veré hoy á su eminencia porque me es imposible esperar más.

El abate Paparelli, al que Pedro se había figurado verle dar vueltas á su alrededor, acechando y procurando enterarse de lo que se hablaba, se precipitó y juró á monseñor Nani que antes que él no había más que otras dos personas esperando. El prelado, sin embargo, le aseguró sonriendo que volvería, pues el asunto de que tenía que tratar con su eminencia no era en manera alguna urgente y se retiró saludando cortesmente á todos.

Casi en seguida le tocó el turno á Narciso. Antes de entrar en la sala del trono estrechó la mano á Pedro, diciéndole:

—Es cosa convenida; mañana iré al Vaticano á ver á mi primo y en cuanto tenga alguna contestación os lo avisaré: ¡hasta la vista!

Eran más de las doce y no quedaban allí más que una de las dos señoras que parecía haberse quedado dormida. En su mesilla de escritorio seguía escribiendo *don* Vigilio

con su letra menudita en las inmensas hojas de su amarillento papel. Tan sólo de vez en cuando separaba sus ardientes miradas del papel para asegurarse, en su perpetua desconfianza, de que no le amenazaba ningún peligro.

Rodeado de pesado silencio en que todo quedó sumergido, permaneció Pedro inmóvil durante un momento aun en el gran hueco de la ventana. ¡Ah! ¡Qué ansioso estaba su pobre sér de entusiasta y de tierno! ¡Al abandonar á París había visto las cosas con tanta sencillez y naturalidad! Le acusaban injustamente y emprendía el viaje para defenderse: llegaba, se postraba de hinojos ante el papa que le escuchaba con indulgencia. ¿Era que por ventura el papa no representaba la religión viviente, la inteligencia que comprende, la justicia que hace la verdad? ¿Y no era ante todo el Padre, el delegado del infinito perdón de la misericordia divina, cuyos brazos debían tenderse siempre abiertos á todos los hijos de la Iglesia sin exceptuar á los culpables? ¿Era que no debía dejar abierta de par en par su puerta para que los más humildes, los más míseros de sus hijos, pudiesen llegar hasta él para contarle sus penas, confesarle sus faltas, explicarle su conducta y beber en la fuente de la eterna bondad? Y desde el primer día de su llegada veía que las puertas se cerraban con violencia, que había ido á parar en medio de una sociedad hostil, sembrada de emboscadas y cerrada por infranqueables abismos. Todos le gritaban ¡guarda! como, si al mover el pie, corriese los peligros más graves. Ver al papa parecía una petición tan exorbitante, un negocio de tan difícil resolución, que ponía en movimiento los intereses, las pasiones y las influencias del Vaticano. Y se sucedían los consejos sin fin, habilidades discutidas con prolija detención, tácticas de generales que conducen un ejército á la victoria, complicaciones sin cesar renacidas en medio de mil intrigas de las que se adivinaba por debajo de todo el tenebroso pulular. ¡Ah! ¡Dios Santo! ¡Qué diferente era todo eso de la esperada acogida caritativa, de la casa del pastor abierta en el camino para recibir á todas las ovejas, lo mismo á las dóciles que á las extraviadas!

Lo que empezó á asustar á Pedro era lo que él compren-

día que había de mal intencionado entre lo que se agitaba confusamente entre la sombra. ¡El cardenal Bergerot un sospechoso, al que trataban de revolucionario y al que le aconsejaban que ni siquiera nombrase! Vea aún la mueca de desprecio hecha por el cardenal Boccanera al hablar de su colega. ¡Y monseñor Nani le aconsejaba que no pronunciase nunca las palabras «religión nueva» como si no fuese muy claro para todos, que esas palabras significaban para él el retorno del catolicismo á la pureza primitiva del cristianismo! ¿Sería ese uno de los crímenes delatados á la Congregación del Índice? Acabó por sospechar la existencia de esos delatores sentía miedo, porque, á la sazón, tenía conciencia de un ataque subterráneo á su alrededor, de un esfuerzo muy grande para abatir y suprimir su obra. Cuanto le rodeaba hacíasele sospechoso. Iba á recogerse durante algunos días para estudiar y observar aquel mundo negro de Roma, tan imprevisto para él; pero, al mismo tiempo, en la rebelión de su fe de apóstol se hizo el juramento, conforme á lo que había dicho, de no ceder nunca, de no cambiar nada, ni una página, ni una línea que sostendría á la luz del día como testimonio inquebrantable de su creencia. Aun cuando el Índice le condenase, no se sometería ni retiraría nada. Si era necesario saldría de la Iglesia yendo hasta el cisma, continuando la predicación de la nueva Iglesia y escribiendo otro libro, el de la Roma verdadera, tal cual, de una manera vaga, empezaba á entreverla.

Don Vigilio, había, sin embargo, dejado de escribir y contemplaba con una mirada tan fija á Pedro, que éste se decidió á acercarse cortesmente para despedirse de él. A pesar de sus temores y cediendo á la necesidad de la confianza, murmuró el secretario.

—Sabed que vino tan sólo por vos; quería saber cuál había sido el resultado de vuestra entrevista con su eminencia.

No fué necesario entre ellos pronunciar el nombre de monseñor Nani.

—¿De veras lo creéis?

—¡Oh! Está fuera de duda... Y si siguiérais mi consejo, obraríais muy cuerdamente haciendo en seguida y de bue-

na voluntad lo que desea de vos, porque es seguro que más adelante lo haréis.

Esto turbó y exasperó más á Pedro que se fué haciendo un gesto de reto. Ya verían, si obedecía. Y atravesó de nuevo las tres antecámaras, que se le figuraron más oscuras, más vacías, más muertas. En la segunda saludóle el abate Paparelli con una muda reverencia y en la primera el adormilado lacayo pareció no verle. Bajo el dosel, una araña tegía su tela entre los abelotados colgantes del gran capelo rojo. ¿No habría sido preferible meter el pico demoledor en aquel pasado podrido que se convertía en polvo, para que el sol entrase libremente y devolviese al suelo purificado la fecundidad de la juventud?